

4

NOS D. LUIS FOLGUERAS SION,
por la gracia de Dios y de la Sta. Sede Apos-
tólica, Obispo de Tenerife, del Consejo de S. M.
etc. etc., al Venerable Dean, Cabildo y Clero
Secular y Regular, y á todos los fieles de nuestra
Diócesis, salud en Jesucristo, *que es la verda-
dera salud.*

Al poner el pie en vuestras Islas, y presentarnos enme-
dio de vosotros, el primer movimiento de nuestro corazon
es invocar la bendicion de Dios nuestro Padre, *Dios de
toda consolacion*, la de su Hijo unigénito y Señor nuestro
Jesucristo, y la del Espíritu Santo, Trinidad Santísima,
eterna, infinita y dominadora universal del cielo y tierra,
y cuanto en ellos se contiene; por vosotros, y para vo-
sotros.

A esta bendicion celestial y vivificante debe el globo
terráqueo todas las producciones que en su inconmensura-
ble sobrehaz se sustentan: la mar, los rios, las fuentes,
los valles, las montañas altísimas, todo le debe su ser y
conservacion; y la prosapia de Adan, sus glorias y sus
venturas.

¿Y á quién sino á la bendicion del Padre, del Hijo y
del Espíritu Santo debemos este establecimiento de nuestra
nueva episcopal Iglesia? El cual ya no debemos mirarle
como obra *de humano artificio*, sino como Tabernáculo
suyo, Tabernáculo de alianza con nosotros los habitantes
de Tenerife y sus adyacentes partidos, cuya soberana
merced por medio de nuestro Rey otorgada, mas y mas
nos empeña en la reforma de costumbres, fervor de la
fe, y detestacion de los vicios que tanto envilecen y des-



honran á los pueblos. *Los ojos* (1) y *el corazón* del Señor estarán día y noche en este sacrosanto recinto para acudir á nuestras deprecaciones y súplicas y necesidades; empero nuestras virtudes deben de ser las preciosas piedras de que se formen las paredes de la nueva Iglesia, y que relumbren en sus torreones. ¿Qué valen la sagrada pompa y la magestad de los templos, si la justicia y la verdad, y la misericordia y la buena fe, en una palabra, el temor de Dios y el amor de Jesucristo no reynan en lo íntimo de nuestros corazones? La espresion del Señor *que quiere misericordia y no sacrificio* (2), harto claro nos da á entender que el suave vapor de las virtudes cristianas es el que va derecho á la celsitud de su Trono. A ellas no mas está concedido alcanzarnos su bendicion inefable.

Los infaustos dias en que esta parece retirarse para castigo nuestro de entre nosotros: ¡qué es los dias! un instante solo que suspenda los efectos de su maravillosa influencia, el horror y las tinieblas ocupan la tierra. El dia tórnase noche, y la lumbre tinieblas; y una inmensa nube de estragos impetuosamente descarga sobre las humanas sociedades. Entonces de los abismos donde es su natural manida, desencadenado el Leviatan de las revoluciones, aparece y ostenta su horrenda catadura entre los mortales. Y derramando ponzoña mortífera en el corazón de las familias, introduce en ellas las desavenencias y contraste de pensamientos y de inclinaciones, la descomposicion de los elementos naturales de la concordia comun, y con eso las guerras civiles, último y supremo mal de las naciones. Víctimas de su horrífico furor hemos sido nosotros los españoles en estos tres postremos años; ni estan todavía cicatrizadas nuestras llagas. La

(1) Paralip. 7. (2) S. Mat. 9.



memoria de lo pasado nos consterna y estremece. Jamas atrocidad y barbarie semejante, y tan necia y crimosamente trazada y desenvuelta se habia declarado, si volvemos los ojos á los pasados tiempos. Imprudencia y insensatez guiaron los pasos de sus fautores; ignorancia y demencia presidieron en todos sus conciliábulos. Mirólos el Señor con enojo, porque no era él lo que buscaban y se proponian. Retiró de ellos su bendicion, y todo se les redujo en confusion y ruina.

En vano pretenden ellos y los dogmatizadores de sus doctrinas desentenderse de tan fundadas y legítimas increpaciones. El viento azotan, y en la arena escriben, negando lo que compite con la claridad de medio dia. A nadie han engañado, ni aun á los párvulos, como sea de admirar que de estos especial haya cuidado el espíritu del Señor; pues ningunos mas firmes y seguros que ellos caminaron en esta espantosísima revuelta. Tal es el feliz efecto de la educacion cristiana y de las instituciones que la sostienen. El pueblo adquiere por ellas una especie de instinto moral ó tendencia á lo mejor, muy mas pronta, natural y segura que los discursos de los nuevos maestros: *Qui se dicunt apostolos esse, et non sunt* (1).

Desvanecidos, presuntuosos, y muy á menudo inespertes, se producen con todo el orgullo y arrogancia que pudieran los grandes sabios, si la sabiduría no aborreciese la inmodestia. Otras veces se visten de dulzura y mansedumbre postizas, y apellidan humanidad y filantropía cuando esconden en sus entrañas de víbora el furor y la crueldad. Intolerantes sobre todos los sectarios que en contra de la Iglesia se manifestaron, hablan de la tolerancia como de su dogma predilecto. Ufanos con

(1) S. Joann. Apocal. 2.

su llamada filosofía, figúranse elevados por la prepotente mano de esta gran meretriz *quæ corrumpit terram*, á una condicion superior á todo cuanto en derredor de ellos respira. Loca, vana, altanera, delirante esa deidad fantástica de las modernas edades, fascina á sus adoradores hasta reducirlos al extremo de aquellos insensatos *circunceliones* que se daban la muerte á sí mismos por un deseo mal entendido del martirio.

¿Cómo puede ser sino que abominemos, hermanos, un sistema doctrinal que tan atroces daños ocasiona? una filosofía revoltosa, turbulenta y maquiavélica, que holgaria reducirnos á la vergonzosa y abyecta condicion de esos nuestros vecinos del Africa, en la que brillaron algun dia muy grandes lumbreras de la Iglesia? ¡Memoria tristisima que nos debe servir de leccion continua para evitar los motivos de semejante castigo!

Los motivos sí, y entre ellos el mayor que no conocieron los antiguos africanos, el mas funesto y miserable de todos que es la licencia desenfrenada de filosofar y traer al tribunal de una razon orgullosa el examen de las verdades mas santas de la Religion. *Razon orgullosa*; cierto, porque la prudente, la moderada, la sobria, la verdaderamente digna del augusto nombre de razon, jamas ha condenado ni aun censurado nuestros dogmas. Que el Salvador con hechos prodigiosos y palabras santísimas, con una pasion y muerte en que se conmovió la naturaleza, con una resurreccion pública é indubitable, probó y demostró y selló la verdad de la Religion que nos trajo, y con que nos hizo bienaventurados.

Accion de gracias sea dirigida al Dios de las Misericordias por medio del Angel amparador de nuestra nueva iglesia de Tenerife, por haber preservado, segun se nos informa, del peninsular contagio vuestros claros entendimientos, y vuestras religiosas y apacibles costumbres.

Así podremos decir con el Apostol: *multa mihi fiducia est apud vos, multa mihi gloriatio pro vobis* (1). Lo que hemos visto, lo que hemos tocado, lo que hemos temido, no puede asomar á la imaginacion sin estremecimiento y sin lágrimas. En la cima de la execracion cayga derrocado ese edificio de horrores, y de él no nos olvidemos, para tener á la vista y decirnos y repetirnos unos á otros lo que ya frisa en autorizado proverbio, *que los disturbios de los pueblos son el gravísimo mal con que la divina Justicia puede atribularlos.*

Hagamos prevalecer las máximas saludables y las doctrinas católicas y honestas. Guerra incesable á los libros inmorales y antievangélicos, partos de ingenios ominosos en mal punto aparecidos para oprobio de la humanidad. ¿A quién no hubieran seducido esas sirenas, si el supremo Piloto de la Iglesia no hubiera tapado con cera los oídos de los incautos? ¿Qué oveja si no fuera su silbo hubiera escapado de las fauces del lobo carnicero? *Vistamos de las armas de justicia, vistamos de Jesucristo á sus amadores, y quedarán burladas, ó se retorcerán las flechas de la seducción contra los mismos que las arrojaron.* Escuchas, atalayas, centinelas de la verdad, acudamos, avisemos, demos voces do quiera que el error ose atacarla. No son tan indóciles como parece nuestros jóvenes, ni tan reacio nuestro siglo. No será tan difícil atraerlos á la senda de la rectitud y de la ilustracion verdadera. Con la prudencia y la constancia hemos de confundir el juvenil orgullo y enderezar su impetuosidad al bien de la Patria. ¡O jóvenes, los que habeis incurrido en el desman de prevaricar! Vosotros, si á mano viene, no teneis toda la culpa de vuestro descarriamiento. Reos son los inícuos maestros de vuestras precipitaciones. En tiempo estais de

(1) 2. Cor. 7.

lavar vuestra mancha, y ser el apoyo de la Magestad, y el honor de la buena causa. Sed sublimes, y sabed que muchos hombres grandes erraron como vosotros, y arrepentidos despues fueron el esplendor y ornamento de su siglo. Jesucristo nuestro inefable maestro que predicó á su Padre siempre como por él enviado para dárnosle á conocer, convenció los entendimientos con obras y palabras, buscó lo que perecía (1), dió vista á los ciegos (2), y cambió la faz del universo.

Con su muerte venció la muerte. Este dragon, enemigo de la vida, perdió desde entonces su aguijon sangriento, y su infernal poderío desapareció para siempre. Por su Resurreccion gloriosa, que creemos y confesamos delante de los hombres, á propósito de que él nos confiese delante de su Padre, que á todo trance defendere- mos á imitacion de sus Apóstoles y discípulos, y de toda esa multitud de adalides sagrados que llevan sobre sus hombros estolas blancas, y en sus manos la palma del martirio, y tantos confesores que á igual ventura aspiraron, en pos de ella corrieron impacientes, y al sepulcro descendieron con el pio deseo; con ella, repito, fijáronse nuestras ideas sobre nuestra suerte futura. Rasgóse el velo impenetrable que el porvenir misterioso nos escondia, y vimos la gloria del Padre aparejada para nosotros.

El Evangelio, el libro del Señor, en cuyas divinas páginas este prodigio de prodigios que nuestra fe y esperanza concentra está consignado, ha puesto en el mas alto punto de claridad y evidencia verdades que á naturaleza estaba negado el verlas en toda su lumbre. Todo el plan de la divina ordenacion por él nos ha sido manifestado, haciéndonos entender que este plan y manera

(1) S. Luc. 19. (2) S. Mat. 11.

de obrar era el mas acomodado á nuestras circunstancias y necesidades; que su esencial propósito es el sacarnos de este infeliz estado de corrupcion en que la esperiencia misma nos demuestra que estamos sumidos; de hacernos tornar á entrar en los caminos de la justicia, y de restituirnos á la buena gracia del Criador.

Adoremos este escelso libro, cuyo inventor, si invento fuera, seria mas admirable que el héroe, en frase de un mentido oráculo moderno muy menos respetable que Josefo, casi contemporáneo de Jesucristo, de quien dijo que era *un hombre sábio* (son sus palabras), y añade: «si todavía podia apellidarse hombre, porque obró muchedumbre de prodigios, y enseñó la verdad á todos los que oirla no rehusaron.» Admiremos este monumento de nuestra bienaventuranza con los demas libros sagrados llamados canónicos, y veneremos las llaves de su inteligencia en manos de nuestra madre la Iglesia. En esta es la salud y la verdad. Los que de ella se desviaron en todo tiempo, no solo cometieron error, sino delito espantoso, con el que rasgaron profanamente la inconsutil túnica del Salvador, y turbaron la doctrina y paz de las gentes.

Una tendencia universal se advierte, y en ella el dedo de Dios, en todas las opiniones y en las sublimes potestades de Europa hácia el punto céntrico de la union y de la verdad, que es nuestra santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Sí, Romana, hermanos míos. El Romano Pontífice resplandece ya en medio de Europa y á los ojos del universo como el astro del dia en el centro de los orbes estrellados. El error no solamente absurdo, sino ridículo, de hacer de la Iglesia un cuerpo acéfalo, solo á estrañas combinaciones de tiempos y circunstancias pudo deber su existencia y propagacion como los ensueños de Manes. La Iglesia Romana, *madre y maestra*

de todas las Iglesias, atraerá en fin todo á sí misma, porque en ella se afirma la cruz, vencedora de mónstruos, y redentora del universo. Parece que apiadado el cielo da esperanzas de que el momento venturoso se acerque por el predilecto Discípulo vaticinado, de que toda la tierra sea un redil, y un Pastor no mas la gobierne: unum ovile, et unus Pastor. Esto es, un Pontífice Sumo, Cabeza visible, Vicario de la invisible, una Iglesia ó cuerpo de fieles á él unido en gracia y verdad, cortadas para siempre las cervices de la esfinge de las disputas. Et omnia in omnibus Christus.

¿Veis, ó moradores de las Insulas venturosas, veis ese remontado *Pico* que lleva vuestro nombre por toda la tierra? En su cumbre se nos dice hay un volcan apagado. Pues ese es el símbolo de las incendiarias opiniones que por favor de Dios y de sus Santos vemos ya muy próximas á desaparecer despues de haber corrido como torrentes de lava encendida, y asolado el universo. Sobre estas ruinas se sentará el trono de la verdad en la hermosura de la paz, como decia Isaías. Esa es la era afortunada, deseada y demostrada por aquel gran Profeta: «cuando la ciencia de Dios henchirá la tierra como si
»fuera inundada de las aguas de la mar. Ninguno en-
»tonces dañará ni será dañado en todo el monte de la
»santidad del Señor. El lobo morará con el cordero, de-
»cia el mismo, y arrimado al cabrito se acostará el leo-
»pardo. El novillo, el leon y la oveja estarán juntos, y
»guiarlos ha un niño. Irán á unos mismos pastos el be-
»cerro y el oso, sus hijuelos descansarán en apacible
»compañía, y el leon comerá paja con el buey. El niño de
»pecho se pondrá á jugar sobre el agujero del áspid, y
»dentro en la caverna del basilisco introducirá su mano
»el destetado párvulo.» (1) Figuras asi maravillosas y con-

(1) Cap. 11.

solantes ¿pueden otra cosa significar que la felicidad universal de los pueblos en la Comunion Católica, Apostólica, Romana que nosotros disfrutamos? ¿No es ese el *deseo de los collados eternos*? ¿No es de esperar la completa ruina de la idolatría, de la escision ó malhadado cisma, de las sectas propagadoras de la novedad, de la impiedad insolente y estúpida, al ver que las grandes potestades se aproximan por la celese luz encaminadas á un mismo sentir, á una comunión, á una misma enseñanza, á un Dios, á una fe, á un bautismo solos?

Coadyuvar podremos muy eficazmente á este loable propósito todos los Ministros del Santuario en general, y en la parte que os toca con Nos, Venerable Dean y Cabildo de nuestra Sta. Iglesia, Curas Párrocos y demas cooperadores de nuestro ministerio, haciéndole desde luego con nuestras obras é irrepreensible conducta amable á los ojos de los hombres. *Omnes unanimes*, como deseaba S. Pedro, *compatientes, fraternitatis amatores, misericordes, modesti, humiles, non vendentes malum pro malo* (1). La caridad es en extremo elocuente, y la justicia convence mas que los sutiles racionios. Ganemos el corazón del pueblo con la moderacion, y será el primer paso y mas seguro para desarmar á nuestros émulos. El libertinage y la impiedad no hubieran salido llenos de audacia de sus antiguas ruinas si no hubiesen contado con la brecha de nuestras debilidades. Formemos pues una muralla de bronce al rededor de nosotros con nuestras virtudes. Venceremos. *La caridad de Jesucristo será nuestra adarga, y su paciencia nuestro impenetrable escudo*. Sea la nueva Catedral Iglesia nuestro dulcísimo propiciatorio. Monumento de la piedad de Fernando VII, no inferior en esta á sus antiguos predecesores, será el cen-

(1) 1. Cap. 3.

tro comun de nuestras alegrías en la prosperidad, y de nuestro consuelo en los pesares y tribulaciones. Será la gran casa de Dios en nuestra Diócesis, y en el orden civil el principal ornamento de Tenerife. Será el término de la carrera de nuestros laboriosos cooperadores, y un brillante objeto de la aplicación y esperanzas de los jóvenes estudiosos. Resonarán en su recinto perennemente los himnos y cánticos del Señor, y la sátira y profana soltura aterraráse con sola su vista. *La pujanza del río de nuestras virtudes regocijará la ciudad de Dios*, esto es, la comunión de las almas piadosas y amantes de Jesucristo, *y el muy Alto santificará su Templo*. En este nos abrigaremos de los dardos de su ira, y en él nos ampararemos en contra de los terrores del Señor (1) cuando fuese su voluntad el castigarnos.

Por lo presente metamos, como dicen, el buen día en casa, y holguémonos de la tranquilidad y gozo universal de España, asegurado para siempre con la visible protección de Dios á favor de la augusta Persona de nuestro Soberano, libre y triunfante de sus depravados enemigos. Y digamos que fue hecha gran salud en España en aquel día como en otro tiempo en Israel según la Escritura (2).

Y pues este universal contento sube de punto en vosotros por la llegada de vuestro Prelado, el primero que ocupa la Silla episcopal de la Laguna de Tenerife sin mérito alguno, escogido para tan elevado ministerio por N. S. P. y Sr. Leon XII, que felizmente gobierna la Iglesia, á presentación del Rey nuestro Señor, sea todo en honra y gloria de Dios, para el bien de la Iglesia y bienandanza de la Monarquía.

¡Y ay! si dóciles á la muchedumbre y gravedad de obli-

(1) Macab. 2.

(2) Macab. lib. 1. 4. 25.

gaciones que este connotado de *primero* no mas Nos impone, lográsemos eso mismo, ser el *primero* en vuestra estima por nuestro zelo y actividad en desempeñarlas! ¡Si prudente, si sobrio, si modesto, *con la modestia de Cristo* (1), si longánimo, elocuente, sublime, como concebimos debe ser un Prelado, no desmereciésemos ser aquel á quien estaba reservado abrir las zanjias y echar los cimientos de la magnificencia y magestad de vuestra nueva Iglesia! Recibid nuestra bendicion, y con ella nuestro cordial amor y purísimo deseo de vuestra bienaventuranza en nuestro Redentor Jesucristo, y á imitacion del Apóstol, *hujus rei gratia flectu genua mea ad Patrem D. N. J. C.* (2).

Luis, Obispo de Tenerife.

1) 3. Cor. 2. 10. (2) Ad Efesios 3. 14.

MADRID:

Imprenta de D. LEON AMARITA, plazuela de Santiago, núm. 1.

1825.

